

Los niños

CAROLINA SANÍN

Siruela, 2015. 153 páginas, 17,90€

Los niños, de Carolina Sanín (Bogotá, 1973), es un libro extraño ya desde el título donde aparece un plural cuando solo hay un niño protagonista. No sabemos si el término incluye a algún otro que aparece de forma esporádica, si tiene un carácter genérico o si engloba también a la coprotagonista femenina a pesar de que ha rebasado con creces la infancia. Pero no es esto lo único indeterminado y confuso de la obra.

Una noche cualquiera, aparece un niño ante la casa de Laura Romero, exlocutora de la hora telefónica, rentista de una mina de sal y asistente por horas de un matrimonio de ancianos. Se desconoce de dónde viene y quién es. Ella tiene la existencia plácida y monótona de quien vive sola y sin responsabilidades familiares. La presencia de ese niño es sorprendente, aunque quizá en algún momento Laura pudo haber tenido el deseo remoto de tener un hijo. De hecho, alguien que cuida los carros frente al supermercado que frecuenta le ofrece un niño en los albores del relato. Lo que no queda claro es si la propuesta es real o fruto de la imaginación de Laura. Al poco tiempo, el niño –Fidel– desaparece de la vida de la mujer de forma casi tan extraña a como apareció en ella, hasta que, pasado el tiempo, los dos vuelven a encontrarse. En ningún momento son nítidos los sentimientos entre ambos.

Casi todo en el texto resulta indefinido y falta de certidumbre porque la historia está contada por un narrador poco fiable que desconoce gran parte de lo que refiere, un relator cuyas atribuciones son opuestas a las de un omnisciente. Esta voz desinformada se convierte en clave para entender una historia que es conscientemente abierta y que está plagada de huecos, imprecisiones y preguntas sin respuesta o con respuesta múltiple. El problema es que esa indeterminación

En *Los niños* late la indeterminación, la sensación de melancolía, la insensatez y la incoherencia vitales, como si algo estuviera a punto de ser revelado

resulta excesiva y muchas veces injustificada. Por eso *Los niños* es una novela que parece siempre a punto de empezar o que apenas avanza, como simbólicamente tampoco avanza Laura en la lectura de *Moby Dick* a lo largo del relato.

Detrás de *Los niños* está Dickens –fundamentalmente su obra *Grandes esperanzas*– y todas las historias de huérfanos vapuleados por la vida, como también lo está el testimonio de una neurosis infantil –*El hombre de los lobos*– publicado por Freud en 1918. Pero sobre todo, en la obra late el espíritu que John Cassavetes imprime en la película *Gloria*: la misma indeterminación, la misma sensación de melancolía, idéntico efecto de insensatez y de incoherencia vitales y parecida impresión intrigante de la historia, como si, en vano, algo significativo estuviera siempre a punto de ser revelado. **ASCENSIÓN RIVAS**

No debe pasar inadvertido un libro así. Es el primero de su autora, Belén García Abia (Madrid, 1973), una novela tan breve como intensa, tan llena de voces de escritoras mayúsculas (Duras, Lessing, Oates, Yourcenar, ...) entre las que funde la suya, que bien podía sentirse ahogada, o apagarse frente a la hondura y humanidad de los temas que invoca. Pero se cree con-

tando su historia de mujer que no habla como tal, sino en nombre de su voz, entrecortada, impelida por la necesidad de dar salida a algo tan acuciantemente real como es revolverse en la paradoja de quien es educada en la “esperanza de engendrar” y se ve avocada al “dolor de no lograrlo”.

No, no puede pasar desapercibido un “diario” sobre la “no maternidad”, que representa una mirada aglutinadora de muchas otras, reflexiva, cargada con la emoción que tardó en aprender a contenerse y a encontrar la calma, y la halló, precisamente, en el proceso de la escritura necesaria, que duele y desgasta, que calma la rabia al servir para “contarse a bocajarro”. Y no es esta la única razón de peso para detenerse en este relato que mira en el tiempo aquello que no tiene lugar, ni lo tendrá desde que un frío diagnóstico (“miomas”) engu-

No debe pasar inadvertido un libro así. Un diario sobre la “no-maternidad” que aglutina otras muchas voces en una auténtica apuesta estilística

lló los sueños de la mujer cuya voz reproduce la de otras muchas. ¿Recuerdan a Elizabeth Smart en aquella (también) primera novela *En Grand Central Station me senté y lloré*, intensa, inusual?

El cielo oblicuo es un acertado ángulo desde el que se enfoca la maternidad bajo la apariencia de una carta sin encabezamiento ni despedida, que tardó seis años en adquirir la forma que

ahora revela una auténtica apuesta estilística: prosa sincopada, formas breves componiendo la gramática de un relato testimonial, salpicado de imágenes contorsionadas, impactantes, sobre el dolor contenido en “ser” mujer, y “estar” viva, y necesitar el cauce de la palabra para poner distancia con ella misma, elaborarlo, y revestirlo de una verdad incuestionable, nombrada, ahora sí, con la voz fluida y clara: el sufrimiento “pesa”, y con el peso nos vamos doblando, nos vamos torciendo.

Y en este punto la poética del libro ensancha su significado al incluir como “epílogo” la voz de “Telmo”, el hombre invitado a sumarse a ese ángulo desde el que esa mujer se explica. Su respuesta es un relato sobre su madre: su vida, su muerte, y el “peso de su ausencia”. Cuenta en él que ella solía decir que hay un “cielo oblicuo” (hermosa idea, tomada de Clarice Lispector) donde solo pueden entrar los que se han ido “torciendo” de tanto (sentir, sufrir, vivir...). Llevar el peso del mundo en su espalda. Un lugar privilegiado, después de todo. **PILAR CASTRO**

El cielo oblicuo

BELÉN GARCÍA ABIA

Errata Naturae

Madrid, 2015

80 páginas, 9'50€